

Las pandemias continúan: relatos de desarraigo, expulsión y desesperanza¹

Mauricio Sánchez Puerta²

Danny García Callejas³

¹ Este artículo es un producto de la investigación interinstitucional "Contabilidad a Escala Humana - Fundamentación Epistemológica para el contexto Latinoamericano". Agradecemos el apoyo financiero de la Universidad del Valle (Proyecto C.I. 8156), la Universidad Eafit (Proyecto CYCO 33450) y la Universidad de Antioquia (Proyecto Codi 2019-25892).

² Profesor de la Universidad de Antioquia. Correo: mauricio.sanchez1@udea.edu.co. Autor intelectual.

³ Profesor asociado, Departamento de Economía, Universidad de Antioquia. Autor intelectual y de correspondencia. Correo: danny.garcia@udea.edu.co. <https://orcid.org/0000-0001-7354-0807>

Resumen

P

odremos controlar la propagación de la covid-19, pero para las personas que viven en los márgenes de la sociedad las pandemias son perenne a su vida. Los hacedores de política procuran lo mejor para el mayor número, pero sus limitados instrumentos dejan en las orillas a grupos y personas en condiciones inesperadas y tormentosas. Este texto relata la situación de Karina y Roberto, a quienes la crisis les resta las pocas oportunidades que han encontrado en la informalidad. Sus relatos no son representativos de la población, pero el padecimiento humano no tiene que serlo para catalogarse como equivocado y uno que debemos corregir como civilización.

La pandemia por covid-19 sumó casi 2.8 millones de colombianos más a la pobreza, elevando el total a 21 millones, según datos del Departamento Administrativo Nacional de Estadística. La recuperación de la economía genera expectativas de volver a la disminución de la pobreza que traía el país antes de esta crisis sanitaria y si a ello se suma el programa de vacunación y medidas complementarias, se tiene la esperanza de finalizar la pandemia. Lo cierto es que muchas personas siempre han estado entre las múltiples pandemias de esta humanidad y nunca saldrán (Blume, 2022; Fergusson et al., 2017). Da lo mismo si hay vacunas o no. Estas personas son excluidas sin distinción de su humanidad o forma de subsistencia, son cifras que se cuentan bajo la ampliación de brechas (Stantcheva, 2022; Li & Shakib, 2020; Wilson et al., 2020).

Este escrito busca reflexionar y hacer eco sobre las dolorosas y difíciles formas de subsistencia que afrontan esas familias y personas que permanecen en el anonimato de una estadística sobre la supervivencia. Son ese grupo de la población que no hace parte de los que regresan a una vida próspera y de abundancia, son lo que están sometidos a los vaivenes de la economía y la sociedad. Que recesión, pandemia, depresión y auge les resulta lo mismo, pues el desarraigo, expulsión y maltrato está a la vuelta de la esquina, es cotidiano y próximo a pasar.

Con base en el relato de dos entrevistados en formato libre y de conversación, con su consentimiento, pero protegiendo su identidad, contamos las angustias propias de luchar por su supervivencia en un contexto que da y quita todo de forma constante. Estas son realidades de vida que poco se afectaron por la pandemia, no se trata de tiempos duros, sino de crisis permanentes con mucha incertidumbre sobre su futuro. Que fueron agravadas por las grandes inversiones de ciudad y privadas que les despojaron de su diario vivir, de las pocas seguridades, de la paz y sosiego que habían alcanzado y sabían frágil.

Nuestros sesgos están presentes en este texto y no pretendemos generalizar con estos casos. Pero sí deseamos dar voz y llamar la atención frente a la opresión causada por el progreso y las oportunidades que brindó la pandemia para desarraigar y favorecer a unos por encima de otros. El dolor humano no puede resumirse en un número, ni contarse como una unidad. La construcción de una sociedad incluyente y democrática requiere enaltecer la dignidad humana y el reconocimiento de nuestros semejantes, con equidad y justicia.

Para este texto proponemos dos secciones. La primera en la que evocamos, de forma lírica, una reflexión abstracta sobre la desigualdad de oportunidades y diversidad de realidades económicas y sociales en la especie humana. Y, la segunda, en la que damos cuenta de las conversaciones, lógicas y sentimientos de quienes intentan sobrevivir y encontrar espacio en este mundo para ser. Por último, brindamos unas conclusiones a manera de reflexión.

¿El fin de la pandemia? Ideas en abstracto

Los pasos del hombre pájaro resonaban en nuestra cabeza mientras nuestros ojos desenfocados confundían el cielo de nuestra casa con el infierno de nuestra cama. Sin marcos y tan solo sobre paja, nuestro cuerpo debilitado, febril y postrado en esta yacija solo esperaba la marcha hacia el paraíso. Pero

por un golpe del destino de Dios o de la suerte hemos vuelto a caminar. Y aquella miasma que quizás algún día se hubiera desprendido de nuestro cuerpo se ha convertido en letras y poemas que confirman que el sufrimiento cesará. No dejes que nuestras palabras austeras por el poco tiempo que nos queda se conviertan en lanzas de muerte y epitafios que llamen a la soledad. Que sean letras que permitan medrar flores, nombrar a los recién nacidos y convocar al deleite de la vida.

El poeta italiano Francesco Petrarca (2002), que vivió durante la peste negra del siglo XIV, quizás compuso algunas palabras, sobre las que marramos en su parafraseo, para ubicar mejor el relato previo sobre este periodo: está pestilencia que surca la tierra y los mares y no distingue de pequeños ni grandes ni encontrará en ángeles elegidos y ni espíritus benditos el paso seguro al más allá. Que ese futuro será de una plaga, que huye, dejando encontrar el secreto de la resistencia terrenal. Rezos y cantos detendrán a un enemigo invisible del cual es tonto huir. Quizás el alma acuciosa que usa sus sentidos podrá conquistar el mañana. Entonces caminamos para encontrarnos en ese nuevo proseguir del vigor del espíritu humano, de la existencia, de una sin máscaras de muerte y solo de abrazos de vida. De la incertidumbre por otras pestes y las pocas certezas de la efímera, pero cercana salud.

En Colombia en abril de 2022 se cuentan casi 140 000 muertos a causa de la pandemia del coronavirus covid-19. Y no por la crisis cesan los desplazamientos forzados que en 2021 ascendieron a casi 74 000 personas afectadas por la violencia. Que, si bien constituye un número inferior a los al menos 400 000 a comienzos de este siglo, no por ello significa más aceptable. ¿Acaso cuántos estamos dispuestos a aceptar como suficientes? Se diría que ni uno. Resuena en la cabeza el llanto y sufrimiento de los más pequeños que ya han sido desterrados de sus sueños y oportunidades de futuro. ¿Cómo protegerse de este virus y las tantas enfermedades biológicas y sociales que les niegan un porvenir?

Los esfuerzos por recuperar a la economía han traído esperanza para algunos. Pero muchos claman por una ventana para sus hogares. Mientras nos quejábamos del encierro en nuestros palacios, con todas sus comodidades y divertimentos, muchos solo deseaban algún día tener unos cuantos adobes para un muro y quizás una abertura, separada con vidrio, para dar paso a la luz, ver un poco de cielo y bloquear el mal tiempo. Casi 210 millones de personas en la pobreza en América Latina, de las cuales 20 millones están en Colombia, encuentran en el nuevo revuelo económico el deseo de una

oportunidad, en medio de desesperanza y dolor de esta y las múltiples pandemias –en plural– que aquejan al mundo y a la región, como argumenta Boaventura de Sousa (2020).

La política macroeconómica se ve enfrentada a más objetivos que instrumentos de intervención. La búsqueda del pleno empleo y la estabilización de precios no ocultan la priorización de los objetivos sociales, la promoción del desarrollo y el equilibrio en el sector externo –comercio internacional, balanza de pagos...–. Los hacedores de política y autoridades procuran lo mejor para el mayor número dejando en los márgenes a grupos y personas en situaciones inesperadas, paradójicas y tormentosas. Las características estructurales de la economía pueden agravar estas consecuencias involuntarias.

En el contexto de la crisis causada por la covid-19, las autoridades de Medellín esperaban un escenario de empeoramiento de los indicadores sociales como efectivamente sucedió (Alcaldía de Medellín, 2020; Adrián y Hirs, 2020). Pero el panorama y reto para las autoridades resulta mayor al reconocer que algunos de los problemas sociales que aquejan a la ciudad –y al mundo– realmente son pandemias (Sousa, 2020, p. 65). Paul Collier (2007) hace referencia a los mil millones de personas del fondo, quienes podríamos decir viven en medio de pandemias permanentes –sin acceso a agua potable, energía eléctrica, salud o educación– causadas por el VIH o sida, las hambrunas, la esclavitud, el alcoholismo, y la drogadicción.

En efecto, nada ha terminado. Continúa el sufrimiento de niños y personas cuya situación poco cambió la pandemia porque continúan en extrema miseria. Mientras en el mundo desarrollado, los más favorecidos escogen la marca de su vacuna anticovid, con tasas de vacunación superiores al 70 % de la población adulta, en África acaso alcanza para el 15 % a cifras de marzo de 2022. A pesar de los esfuerzos del Gobierno, en Colombia, el acceso a vacunas y el desarrollo también es desigual. Vichada, Vaupés y Chocó, por ejemplo, presentan una cobertura de vacunas anticovid inferior al promedio del país, según el Ministerio de Salud y Protección Social. Antioquia, en cambio, hace parte de los privilegiados.

Aun así, muchas personas en ciudades prósperas, como Medellín, intentan sobrevivir en los márgenes. La tasa de informalidad y miseria se ubica para Medellín en 40.5 y 9.1 % , respectivamente. Y la pobreza monetaria en la ciudad afecta a más de 334 000 personas, algo así como la población de Itagüí y Barbosa combinadas. Los documentales *Cartucho* y *Blanco y negro*, para Colombia, y *Enséñame el camino a casa*, para Estados Unidos, muestran la crueldad de vivir en la miseria, sin domicilio, expulsados por el sistema, en tugurios

y barrios de tiendas de acampar. En ocasiones, la informalidad y la miseria se combinan para torturar y profundizar la desesperanza.

«Hicimos lo mejor que pudimos. Debemos ver el vaso medio lleno», recalcan algunos. Quizás. Y entendemos las restricciones de los instrumentos del Gobierno. Pero nos rehusamos a dejar de pensar en para quienes las pandemias nunca terminan. Y tememos que esta vez la tecnología quedará corta para salvarnos de las consecuencias del cambio ecológico estructural, la miseria y el cambio climático causado por el voraz y destructivo accionar humano. El tiempo se nos acaba para salvar a nuestra civilización; no al planeta, porque el globo terráqueo continuará aquí algo más de 5000 millones de años. Los efectos desiguales de estas crisis ambientales terminarán por sucumbir, dejando en el olvido y agobiados a muchos ya abandonados, que no son ni números en estos sistemas discriminatorios (Islam & Winkel, 2017). ¿Que la pandemia llega a su fin? ¿Para quién? ¿Cuándo?

Tragedias de una pandemia permanente

Roberto tiene 62 años y vende confites en un puesto ubicado en una fluida e importante avenida de Medellín. Un puente y funcionarios de espacio público le han reubicado, ante los acabados del nuevo proyecto. Su vida trascendía entre transeúntes que pasaban por un estrecho, aunque tranquilo corredor. Lograba compartir con otros vendedores fijos y ambulantes las ganancias de un pequeño mercado creado por los caminantes. La ocasional venta y conversación espontánea venía acompañada de las noticias y música que emanaban de su radio, única y real, sincera y cercana compañía del día. Desplazado por la violencia, de Ituango, siente que de nuevo un proyecto de infraestructura le ha dejado en medio del ruido, el estrés y la inmundicia de una avenida que no le perdona y le salpica lodo cuando llueve. Las amenazas y angustia de tanto tiempo por fin se cumplieron.

«Mi vida era tranquila. Me defendía con los confites, chitos y corotos desde las 6 a. m. Me podía ocultar del sol. Sí, ahora me dieron paraguas. Pero ya no escucho radio. Ya soy parte del separador. No encajo con el nuevo puente». A Roberto, a quien le hemos cambiado el nombre para preservar su identidad, le preguntamos: ¿Te volvieron a desplazar? Y nos respondía acongojado, triste: «Sí, otra vez lo de Ituango. Antes fueron las balas y ahora la feúra. Que ya no combino con lo nuevo. Que ya no puedo estar ahí. Que agradezca que me dieron este espacio privilegiado. Y la verdad es que algo vendo, pero ya no tengo las notas de mi radio». Le preguntamos: ¿y por qué feú-

ra? «Que debo dar paso al cambió, a lo nuevo, a lo mejor. Entiendo», respondía con resignación.

La verdad es que la suerte de los cuatro vendedores de ese corredor fue nefasta. No encontraron reubicación y han tenido que desplazarse hacia nuevos rumbos. Llegaron nuevas inversiones públicas y privadas que necesitaban «homogeneizar» la zona. A los vendedores se les invitó a retirarse de la zona, con el dolor del desarraigo, de lo desconocido, de la cruel incertidumbre que te niega vivir en paz.

Roberto, ¿y la pandemia qué fue para vos? «Fue hambre. Fue pesadilla, porque ya sabía que no volvería al mismo lugar. Es la historia de mi vida, que se había calmado cuando me sentaba apaciguado a vender mis confites en ese corredor, en ese paredón. Cumplieron las amenazas. Antes de la pandemia era la zozobra. No sé qué será de mí. ¿Pandemia? Infierno. Lo mismo de siempre», respondió con lágrimas. ¿Y tu familia?, preguntamos con desconcierto. «Al menos mi hija está bien, al igual que mis nietas. Fueron mi refugio. Nos acercamos». Al preguntarle por personas de la zona nos refirió a Karina que tenía un puesto de café y desayunos fijos, en una estructura de aluminio al estilo de tienda.

Karina llevaba 18 años en este punto, en la intersección de este corredor y la avenida. A sus 48 años había posicionado su venta de desayunos y almuerzos como referente en la zona, por su sazón y economía. Rodrigo, un comprador habitual, contaba que Karina hasta tenía televisor para los partidos de la selección y del Medellín. Vendía barato, bueno y desde temprano. Los trabajadores de las empresas y comercio aledaña la frecuentaban por su carisma y precios. «Todos conocen a Karina», dice. Madre, cabeza de familia, desplazada de San Carlos, que había llegado a la zona buscando trabajo como empleada en servicios de aseo, en casas, por días. No la contrataron, pero decidió poner una venta ambulante de pan y tinto para los trabajadores de la zona. Su negocio creció y llegó a emplear hasta a dos personas más.

«Lo perdí todo. Esa hij***** pandemia y este malp***** puente me lo quitaron todo. Disque compensación. ¡Cuál! Lo que necesito es trabajo. Aprovecharon para quitarme todo. Y como pusieron un restaurante al lado, me echaron. Nos echaron a todos. Con pandemia o sin pandemia, de todas maneras, me iban a echar. La pandemia fue la hij***** excusa».

Karina cuenta que no se ha recuperado. Su vida se fue a pique. Explica que el progreso es violencia, exclusión y arribismo. Ella sintió que le quitaron lo que tanto luchó. «Mucha gente de la zona se

alimentó conmigo. Yo pagaba lo que correspondía para estar acá, al Gobierno y a quien fuera. Pero ya no tengo sustento. Ya no es lo mismo». Pero ¿y la compensación ayudará para iniciar de nuevo?, preguntamos. «No, será para pagar deudas, si me la dan. Yo no soy un número. Soy carne y hueso. Tengo que comer. Yo no como dinero. Pero el trabajo si me da el sustento y soy honrada. No entiendo qué pasó. O, mejor dicho, fue el maldito progreso. Y por ser mujer me dieron más duro. Tenía el negocio más establecido. Me cambió la vida para mal. Muy mal. Ya me llevaban ganas», agregó con frustración y desconcierto.

Karina, ¿considera que la pandemia es la responsable de sus problemas? ¿Qué los agravó? «Si bien vendí durante 18 años y poco más, siempre había problemas. Mucho acoso. Amenazas. Intento de sacarme. Envidias, y de todo. Vivía en pandemia. Muchos grupos, de todo tipo, asediaban mi negocio. Tuve momentos de paz y supe ganarme a alguna gente, con dulces, me entiende. Pero me querían sacar de antes. Pero lo de las nuevas inversiones, el nuevo comedero, me sacó de la zona. Que eso es lo nuevo. Que, si yo podía, que montara algo así. Pendejos, si ahí invirtieron como cientos de millones», dijo molesta.

Roberto y Karina han dejado de soñar para sumirse en su propio infierno: el de unas pandemias que son realidades para millones de colombianos y ciudadanos del mundo. La pandemia no termina con una vacuna. Por el contrario, estamos enceguecidos al creer que nuestro minúsculo dolor define este mundo. Vivimos en un lugar de privilegio cuando tenemos empleo y casa. A nuestros entrevistados acaso les queda el techo de sus humildes viviendas, con el desarraigo y la expulsión como las historias permanentes de sus vidas. No, las pandemias no han terminado.

A manera de reflexión final

Los Gobiernos, instituciones, autoridades y organismos del tercer sector intentan salvar toda vida con ideales de dignidad y bienestar. Sin embargo, los instrumentos de política son superados por los objetivos y efectos adversos inesperados. Las intenciones, en principio, son buenas, aunque los resultados no siempre sean los mejores. Aun así, en los márgenes de nuestra sociedad y economía se han creado grupos de poblaciones expulsados, abatidos o excluidos, alejados de las oportunidades, posibilidades o participación de la generación de riqueza y accionar de las políticas sociales, siendo su situación una estancada en la miseria y pobreza —sin movilidad social ascendente—.

Luego, solo terminaremos las pandemias cuando reconozcamos el sufrimiento, dolor, desarraigo y expulsión de tantas personas a nuestro alrededor —¿las mil millones de personas del fondo?—. Las pandemias acompañan a esta agobiada humanidad y solo nos quitan el foco de las múltiples angustias y vicisitudes de tantos. El relato de Roberto y Karina quizás no sea representativo de la población, pero el padecimiento humano no tiene que serlo para catalogarse como una situación equivocada que debemos corregir como sociedad. La humanidad debe procurar promover los sueños de las personas y no sus pesadillas. El desarraigo y la exclusión son males que traen frustración y descontento, que fraccionan a nuestra sociedad y se alejan de nuestros ideales de bienestar colectivo, justicia y equidad.

Referencias bibliográficas

- Adrián, L., y Hirs, J. (2020). *Colombia: desafíos de desarrollo en tiempos de Covid-19*. <https://publications.iadb.org/publications/spanish/document/Colombia-Desafios-del-desarrollo-en-tiempos-de-COVID-19.pdf>
- Alcaldía de Medellín. (2020). *Efectos económicos y sociales por COVID-19 y alternativas de política pública. Un análisis para Medellín y el AMVA*. Secretaría de Desarrollo Económico. <https://www.medellin.gov.co/irj/go/km/docs/pccdesign/medellin/Temas/COVID-19/Publicaciones/Shared%20Content/Documentos/2020/AnalisisEfectosEconomicosCovid19.pdf>
- Blume, A. W. (2022). *Colonial Economics and COVID-19*. In: *Colonialism and the COVID-19 Pandemic*. https://doi.org/10.1007/978-3-030-92825-4_3
- Collier, P. (2007). *The Bottom Billion: Why the Poorest Countries are Failing and What Can Be Done About It*. Oxford University Press.
- Fergusson, L., Molina, C., Robinson, J., y Vargas, J. F. (2017). *The Long Shadow of the Past: Political Economy of Regional Inequality in Colombia*. Documento CEDE No. 2017-22. <http://dx.doi.org/10.2139/ssrn.2932228>
- Li, K., & Shakib, S. (2020). How Privilege Shaped the COVID-19 Pandemic. *Contexts*, 19(4), 74–77. <https://doi.org/10.1177/1536504220977943>
- Islam, N., & Winkel, J. (2017). *Climate Change and Social Inequality*. https://www.un.org/esa/desa/papers/2017/wp152_2017.pdf
- Petrach, F. (2002). *Canzoniere*. Penguin UK.
- Stantcheva. (2022). *Inequalities in the Times of a Pandemic*. https://scholar.harvard.edu/files/stantcheva/files/inequalities_pandemic.pdf

- Sousa, Boaventura (2020). *La cruel pedagogía del virus*. Clacso. https://www.tni.org/files/publication-downloads/la_cruel_pedagogia_del_virus_de_sousa_santos_clacso.pdf
- Wilson, J. M., Prakash, O., & Gámez, C. M. (2020). Planetary precarity and the pandemic. *Journal of Postcolonial Writing*, 56(4), 439-446. www.doi.org/10.1080/17449855.2020.1786904